

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 4 de Agosto de 1898

Núm. 402

Yo estoy fresco

Biarritz, Julio.

EN LA PLAYA

Vaya, Director amigo, me rebelo: la orden de usted puede ser muy justa, pero ahí me las den todas. Es preferible incurrir en su enojo antes que le achicharre á uno el sol. Pero, dígame, ¿por qué no dejar que veraneen los que puedan y quieran? ¿No ve usted que este año resulta insupportable la canícula?

Después de todo yo no soy rico, y la única ventaja que me ha otorgado el cielo es que me gusta respirar el aire libre; en ese rincón debe haberse abrasado la atmósfera.

Si continúo en él tiene usted que ponerme una guardia de médicos para evitarme la asfixia, y creo que sale usted ganando con mi fuga. ¿Quién escribe ni aun poniéndose ligero de ropas, como se ponen generalmente nuestros ingenios festivos? Yo nó.

A usted le sale mi deserción por una friolera, y además, aunque jure usted lo contrario, siempre da importancia á un director el recibir correspondencia del extranjero. Pregone usted que me ha comisionado para celebrar interviews con un personaje ruso, de cuyo nombre no es preciso acordarse, y con un astrónomo austriaco, á fin de averiguar la influencia que ejercerán los trigos y las nieves en la conflagración universal de los estómagos durante el invierno inmediato.

* * *

Me he hecho muy amigo del gran Cofta, encargado, como usted sabe, de ponerle las zapatillas al Sha de Persia, cada vez que le visitan sus ministros, y como él no conoce más idiomas extraños al suyo que el griego, y yo el latín, tenemos que hablarnos por señas. También solemos hacer jeroglíficos, y en ese arte hemos adelantado mucho. Lo que le aseguro es que no nos hace falta el habla para maldita la cosa, y afirmo que sería delicioso el que todos los españoles nos volviésemos mudos. Nos entenderíamos mejor que ahora, y les sería más difícil á nuestros políticos echar tantas campanillas.

De mis conferencias he averiguado que Cofta es creyente y espera que sobrevenga el diluvio. En el último jeroglífico me he quedado un poco á oscuras, porque me dibuja un bicho tan raro, que no creo que lo recuerde ni el mismo Noé.

En fin, señor Director, si usted no me absuelve por mi peccadillo, con su pan se lo coma. ¿Que me larga usted la cesantía? Pues estaré más fresco de lo que estoy, y eso que por haber escapado de ese infierno, no lo estoy poco.

CLAUDIO UGENA



—¡Qué bien dibuja el agua en las ropas de aquella bañista!



Excmo. Sr. D. Francisco Rizzo.

GENERAL DE DIVISIÓN

Es hijo del distinguido diplomático don Juan Rizzo, encargado de negocios extranjeros.

A los veinte años alcanzó en la Academia de Guadalajara uno de los primeros números, ascendiendo á capitán en 1859, y en el 69 á comandante.

Distinguióse durante la última contienda civil en la provincia de Santander, obteniendo el grado de coronel por méritos de guerra.

Desempeñó diversos cargos en la brigada topográfica, á la que legó varios premios obtenidos en distintas exposiciones universales y regionales. Siendo primer jefe de dicho instituto consiguió, merced á su iniciativa y á sus excepcionales aptitudes, elevarlo sobre todos los de las demás naciones, alcanzando en el concurso universal de París de 1879 la medalla de oro por el plano de Cádiz. Recompensósele otorgándole el empleo de brigadier de ejército, que rehusó antes que abandonar el cuerpo de ingenieros.

Como coronel, proyectó y dirigió en Zaragoza el reducto de San Lázaro para la defensa de la plaza, los cuarteles nuevos y la nueva capitanía general de Aragón.

Fué jefe de ingenieros de las islas Canarias y coronel del 4.^o regimiento de zapadores minadores.

Al ascender á general de brigada se le destinó á Burgos, pasando en sep-

tiembre de 1890 á Manila; como comandante general de ingenieros de aquel archipiélago.

Tomó parte en las operaciones contra los moros de Mindanao é Illigan.

Al estallar la insurrección, nombróle el general Blanco gobernador de Cavite y general en jefe de las fuerzas que operaban en aquella provincia, donde hallábase el foco de la insurrección tagala. Desplegó en esta ocasión relevantes prendas de energía contra los traidores á la patria, fusilando á los más comprometidos en el movimiento. Ayudóle en estas empresas de armas el bizarro general Echaluze, gobernador militar segundo cabo entonces de Manila.

A poco se les relevó á uno y otro en sus respectivos cargos, regresando Echaluze á la Península y Rizzo á Manila, donde volvió á ser comandante general de ingenieros, no sin haber castigado antes duramente á las numerosas fuerzas tagalas, haciéndoles muchas bajas en una salida que efectuó al frente de sus tropas en Cavite.

Fué varias veces gobernador militar de Manila y mandó distintas fuerzas de operaciones en la provincia.

Durante el mando del general Polavieja, trabajó incesantemente en el plan de ataque á las fortificaciones de los insurrectos, y por sus brillantes hechos de armas en esta campaña, le fué otorgada la gran Cruz Roja del mérito militar, y en 12 de diciembre de 1896, el empleo de general de división.

Hállase en posesión de la cruz y placa del mérito militar blanca; cruz, placa y gran cruz de San Hermenegildo; encomiendas de Isabel la Católica y de Carlos III, y gran Cruz Roja del mérito militar.

En lo que se refiere á la actual guerra, ha dirigido las obras de defensa que resguardan los extramuros de Manila, impidiendo, por lo formidables, el ataque de las tropas de Dewey y las de Aguinaldo.

Teniendo en cuenta el general Agustín la firmeza de carácter y bizarría del general Rizzo, le ha confiado actualmente el cargo importantísimo de general en jefe de la división que defiende la línea exterior de defensas.

Las tropas avanzadas han sostenido últimamente rudos encuentros, haciendo más de 500 muertos á los insurrectos. Constantemente han de entrar en fuego, soportando inconcebibles fatigas contra 40,000 insurrectos que sin cesar les acosan; pero nuestros soldados aguerridos, valientes, saben resistir y luchar contra fuerzas mayores en número, sin que les importe la desproporción ni en peligros reparen cuando se trata del sagrado cumplimiento del deber y del honor de sus armas.

El general Rizzo, como todos los soldados valerosos que defienden nuestra bandera, hállase dispuesto á dar su vida por la patria, sosteniendo hasta el postrer momento las fortificaciones avanzadas de Manila, llegado que sea el supremo instante del ataque por las fuerzas norteamericanas al mando del general Merrit, á quien auxilian los insurrectos y la escuadra de Dewey.

El Ciego

Tocando una guitarra,
mugrienta y rota,
por las calles le encuentro
todos los días,
y va cantando triste
la alegre jota
llevando al alma dulces
melancolías.

Va pidiendo limosna
desde muy niño;
cantor infatigable,
pisando abrojos,
vive ignorando todo
tierno cariño:
¡en tinieblas el alma!
¡¡sin luz los ojos!!

Parecen sus cantares
triste lamento:
«No hay dolor como el suyo;
no hay igual pena.»
Y cuando le socorren,
con dulce acento
pide á Dios que conserve
la vista ajena.

Hay quien, porque no toca
bien su guitarra,
se mofa de él tomando
su pena á juego,
sin comprender, infame,
que así desgarrar
el corazón sencillo
del pobre ciego.

Y sigue su camino
triste tocando,
agotadas las fuentes
del sentimiento,
y el son de su guitarra
va provocando
risas, que á sus oídos
le lleva el viento.

El, por toda protesta,
suspira triste,
y piensa que es la vida
pesada carga;
quiere cantar de nuevo,
su voz resiste
y á sus labios asoma
sonrisa amarga.

Va huyendo del bullicio
con desconsuelo
y frecuenta las calles
más solitarias,
y con fervor ardiente
dirige al cielo
sus coplas, que son siempre
tristes plegarias.

Yo, que suelo encontrarle
por mi camino,
cuando le doy la pobre
limosna mía
pienso en que tienen muchos
igual destino;
pienso en que como el ciego
seré algún día.

El toca una guitarra
mugrienta y rota
y por ella sus penas
toman á juego;
él con voz triste canta
la alegre jota;
vive de la limosna;
él está ciego.

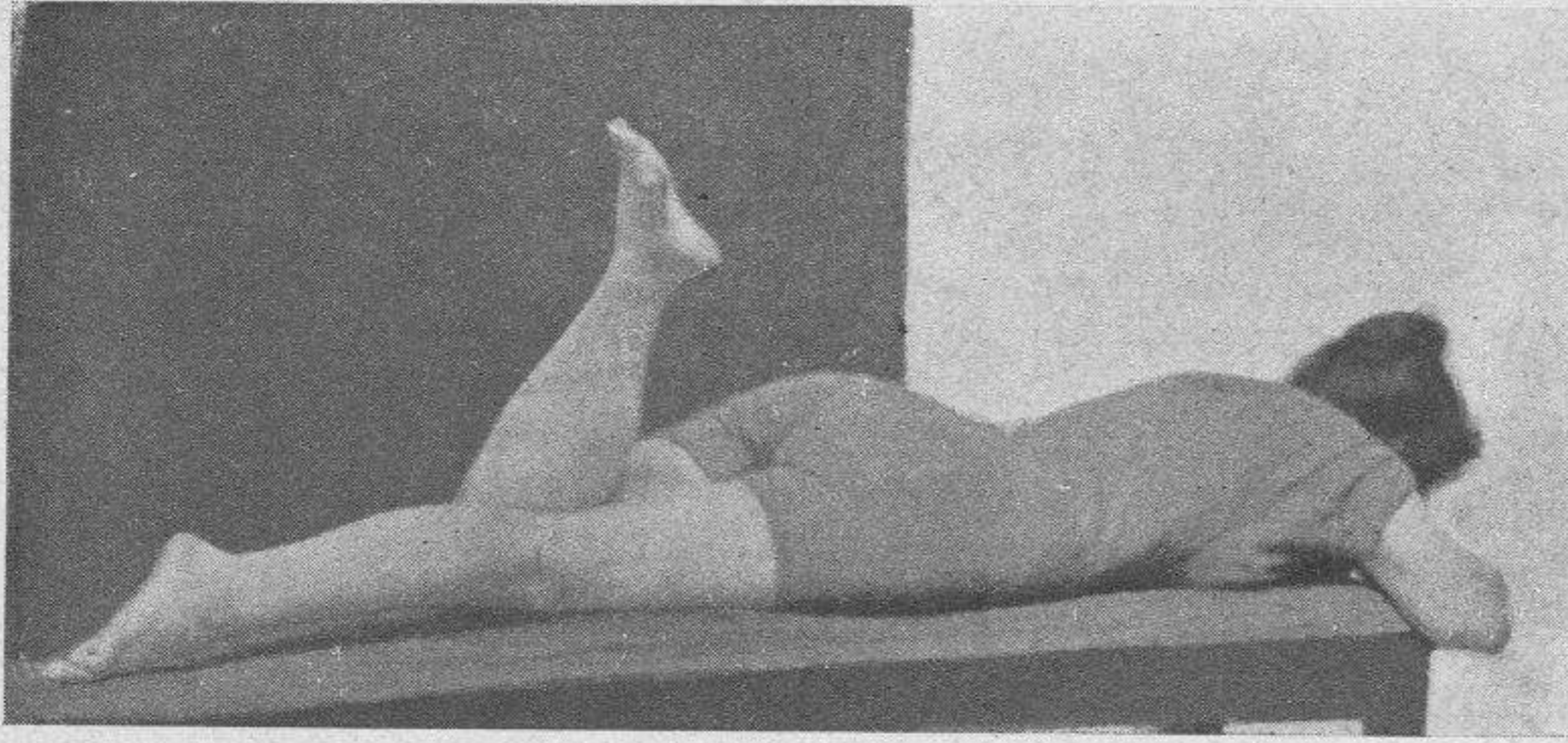
Cuando mi voz un día
suene cascada
tal vez como este pobre,
lleno de pena,
oiga de un mundo impío
la carcajada,
mientras á Dios le pida
la dicha ajena.

RUILOP

EN EL JARDÍN



¡Qué bellas que son las flores
miradas así, á la luz
mortecina de la noche!



Pensando en el remojón.

Idilio

Aquella existencia nómada y errante, el continuo vagabundear de pueblo en pueblo, durmiendo al raso, soportando las inclemencias del tiempo, era poco agradable, pero tenía inmenso encanto para los dos niños.

Rosita y Pepín eran hermanos, y estaban asociados voluntariamente al señor Tomás, viejo volatinero que había recorrido medio mundo formando parte de la más selecta compañía acrobática que ha pisado la arena de los circos, y que, tiempo andando vióse

reducido á la triste condición de saltimbanco. El personal de la compañía quedaba reducido á los tres individuos: el señor Tomás, director y gimnasta notable; Rosita y Pepín artistas mímicos y dramáticos, encargados del desempeño de los números más importantes de las funciones.

A la llegada á un lugarejo, anunciábase al vecindario de manera estrepitosa; redoblaba Pepín con furia un tambor de parche grasiento y Tomás arrancaba á un deteriorado bombardino, notas agudas y extridentes que ponían en alarma á los aldeanos. El director pronunciaba breve y substancioso discurso dando cuenta del arribo de su compañía y anunciaba la hora de la función, que solía verificarse al aire libre, ó en el corralón de alguna posada.

Antes de exhibirse al público, vestíanse los artistas. Tomás usaba colán descolorido, lleno de costurones y zurcidos poco primorosos; Pepín metía su pequeña humanidad en amplios bombachos de clown, cubría su cabeza con peinada peluca de estopa y crín y enharinaba su carilla agraciada y simpática. No había visto nunca á ningún excéntrico de esos que ganan sumas fabulosas en los circos ingleses; pero, gracias á las lecciones de Tomás, hacía cuanto pudiera hacer el payaso más afamado. Rosita, vestíase enaguillas azules, festoneadas con galón de oro falso, y lentejuelas que producían brillantes destellos al ser heridas por los rayos del sol, y corpiño encarnado de seda, hecho de un traje viejo de nigromante, que Tomás empleó en otros tiempos.

Los trabajos del director no despertaban entusiasmo. En cambio los niños atraíanse los aplausos y las alabanzas de todo el público, y particularmente de las mujeres, que admiraban el desparpajo y las excelentes disposiciones de los diminutos artistas.

Al salir Rosita y Pepín escuchábanse murmullos de asombro en la concurrencia; los niños mirábanlos con envidia y el que más y el que menos, habríase cambiado gustoso por el payacillo ó habría perdonado la comida de dos días por lucir un traje tan precioso como el que llevaba Rosita. Representaban una farsa, compuesta por Tomás, que de seguro habríase escandalizado al Parnaso, y, no obstante, parecía obra magna de privilegiada inteligencia á los burdos aldeanos.

¡Cosa digna de ver los gestos, los ademanes, el aplomo de los dos niños! Rosita era princesa ¡ahí es nada! y Pepín, caballero ricachón, señor de villas y castillos que le ofrecía su amor, y le endilgaba el relato de sus proezas, llevadas á cabo en tierra de moros. Resistíase la princesa pero el caballero, á fuerza de súplicas lograba ablandar su corazón de roca, y salían cogidos del brazo, obteniendo estruendosa ovación.

Pepín estaba orgulloso siendo caballero unas veces y payaso otras. Dirigía miradas de superioridad á la turba infantil, llena de pringue y mal vestida, que le miraba asombrada, maravillándose de que un muchacho de tan corta edad, pudiera representar de manera admirable aquel papel. En seguida, Tomás hacía la colecta y continuaba la función, que solía terminar con una pantomima graciosa, que arrancaba carcajadas fuertes y espontáneas.

Un día, ¡qué día más triste para Pepín! Rosita al ejecutar un trabajo arriesgado, dió una caída y murió en el acto. Fué desgracia inmensa para la compañía. Pepín lloró, desesperóse, y no quería separarse del cuerpo inanimado de la que fué su hermanilla. Tomás quiso mostrar valor, pero tampoco pudo reprimir las lágrimas.

Rosita, fué conducida al cementerio, vestida con el trajecillo azul que lucía en las funciones. Pepín y Tomás acompañáronla hasta el momento terrible, en que un hombre grosero y mal vestido, de cara repulsiva, el enterrador, cubrió á paletadas de tierra la caja que contenía los restos de la niña.

El payasillo no podía consolarse. De buena gana habría cerrado á golpes contra aquel hombre que le arrebatara la persona más querida. Tomás procuró consolar al niño ¡vano intento! Le habló de Dios, de la gloria, de los ángeles: todo fué inútil.

Pasáronse algunas semanas sin trabajar y agotóse el bolsillo de los saltimbancos. Entonces Tomás hizo comprender al niño que no había otro remedio que volver nuevamente al rudo trabajo.

—Bien está — dijo el niño haciendo poderosos esfuerzos — cuando usted quiera.

Hallábanse en un pueblo de mala muerte. Los preparativos se hicie-



¿A que si me pongo á mandar no faltan voluntarios á mi compañía?

ron como en vida de la pobre Rosita. Pepín se arregló el traje, se empolvó la cara, colocó su peluca como siempre. Pero al exhibirse al público, al saludar con ridícula inclinación de cabeza, que hacía reír á los espectadores, acordóse de Rosita, de su hermanilla, que quedó bajo la tierra que el sepulturero echó sobre la caja; apareció ante él la terrible escena, y rodaron las lágrimas sobre el colorete que cubría sus mejillas.

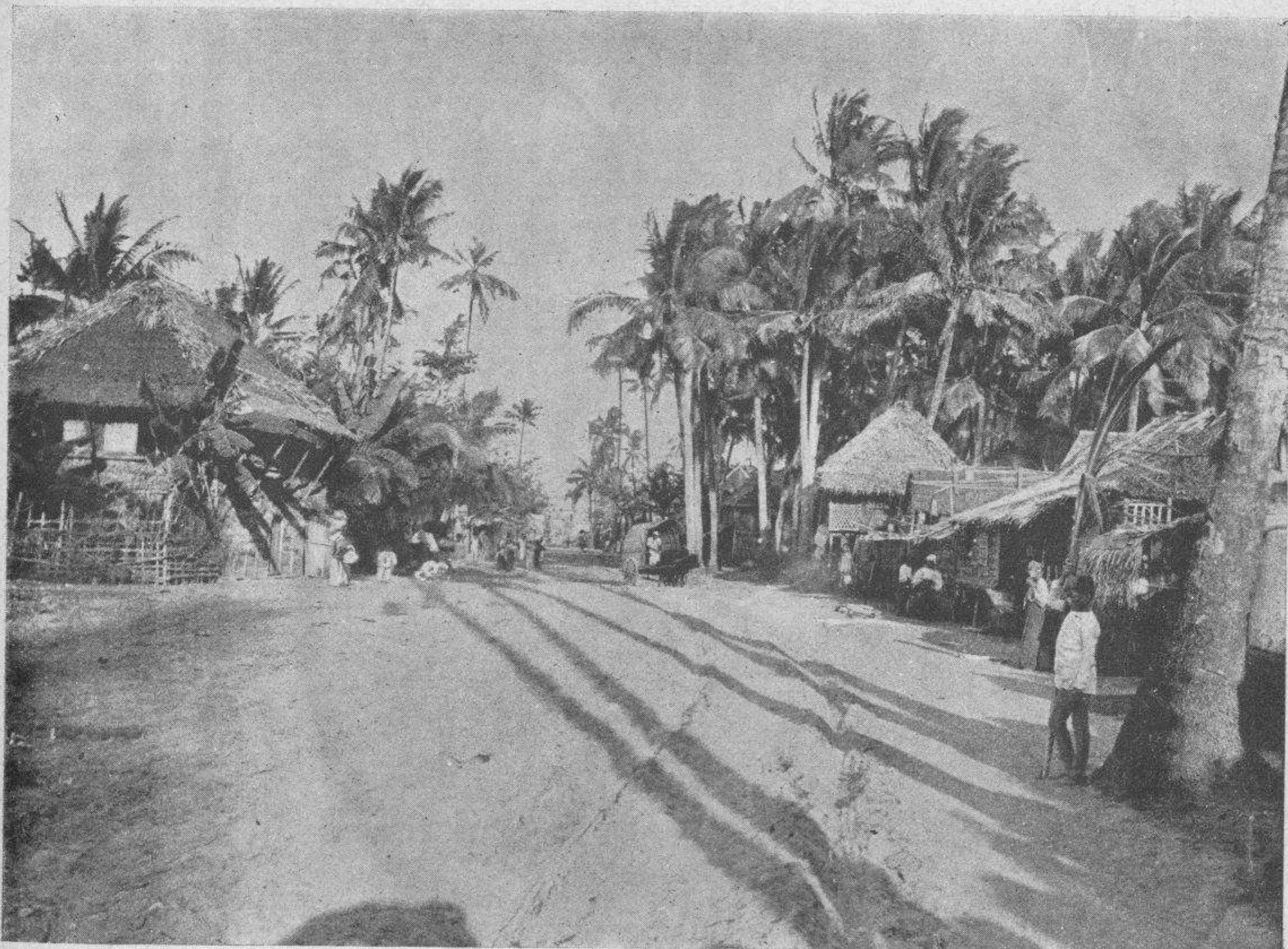
— ¡Ay, qué gracia! — exclamaron los niños — ¡llora el payasillo!...

Pepín les miró iracundo. ¡Almas mezquinas que no sabían comprender el dolor de un niño!

Y con esto, aumentaron las risotadas en el público y fué mayor la congoja de Pepín, que llegóse al director, diciéndole compungido:

— No trabajo... Pégueme usted... ¡Quiero morirme como Rosita!..

JULIÁN PEREZ CARRASCO



Poblado en Filipinas.

Rasgueos

San Pedro, al morir mi madre
hizo que entrara en el cielo,
y las santas que allí moran
ahora ya le tienen celos...

Ilusiones pasajeras
como las olas del mar:
se forjan, desaparecen
y se vuelven á formar.

¡Cachito de cielo,
qué pena tan grande,
yo te quiero y no puedes ser mía,
no siendo de nadie..!

Como canjilón de noria
es el amor que te tengo,
que sube y baja á capricho,
pero no cambia de centro.

Soy un náufrago que acude
á las playas de tu puerto.
¿No me prestarás amparo,
morenita de ojos negros?

MORENO.

Suspiros

Mi madre ya no quiere
que yo te quiera,
y quiere que te olvide,
que no te vea.
¡Madre querida!
¡si la tengo en el alma
tan metidita!

Quisiera ser el aire
que juguetea,
y acaricia tus rizos,
tu frente besa.
Y de las flores,
la que en el pecho llevas
todas las noches.

Siento frío, bien mío,
frío en el alma,
y es que, ingrata, la dejas
abandonada.
¿Has olvidado
que en el mundo no hay otra
que te ame tanto?

MARIANO ROMANOS PINILLA

Las pedreas

CAPÍTULO I

Antecedentes. — Lugo y Prim. — Por una visita de los carlistas.

¡Bonitas cosas me ocurren desde muy niño! A los siete años escribí una comedia muy mala y mi padre la echó al fuego. Protesté de la tiranía paternal y se reveló en mi espíritu el odio al régimen absoluto. A los nueve, quise secreta y platónicamente á la chiquilla más adorable del pueblo. Guapa lo era, y despierta, no digo: más que yo; figuraos que tocaba el arpa, el piano y el violín, y cuando las señoritas grandes no sabían ni aun expresarse correctamente en su idioma, la rapaza parloteaba en francés. Venía á casa con sus parientes, y yo corría á la habitación donde dejaba su manto de abrigo, restregando en él la cara, y embriagándome con sus perfumes. ¿Qué ropa olía como aquella? Ninguna. Lo bueno del caso está en que al mismo tiempo me perseguía la hija del juez. ¡Ah! pero ésta, alta, estirada, delgaducha, era representación viva de los suyos, de los aristócratas de aquel lugar perdido entre montes: presumida, arrebatada, ignorante. Manifesté en tal ocasión mi cariño á la democracia. La otra, mi amor, era pobre. ¡Pero, qué rica! Naturaleza la bendijo haciéndola graciosa; Dios abrió la mano y puso en su alma la semilla fecunda de la inteligencia.

Por esta época de mi *sér*, iba á la escuela del docto maestro Lugo lo más florido. Su enseñanza era verdaderamente superior: el que no aprendía en su clase, podía desde luego irse á labrar al campo ó á

dar vueltas en las norias, como los boricos.

Lugo había peleado en Africa voluntariamente, porque estaba en su corazón ardiendo á todas horas el sagrado amor á la patria. Nos contaba él, con lágrimas en los ojos á los niños, « que Prim, figura legendaria, gigantesca, le puso los galones de sargento, al frente del batallón ». Nos presentaba al general como ejemplo de patriotas, y recuerdo que un día me levanté osadamente para dispararle esta pregunta: « Si tanto amaba á su tierra, ¿ por qué mandó bombardear á Reus, hasta que no

quedase piedra sobre piedra? Orden es de déspotas y de tiranos. » Recuerdo también que la escena fué imponente. Lugo se irguió; encendiósele la pupila, como en los momentos más graves de su oratoria, cuando nos hablaba de las luchas rebeldes, y haciendo que saliese del grupo y que me colocara de pie en frente de su pupitre, dijo: « Si tu padre te castiga á ti no es porque te odie, sino porque te adora. » Tuve alientos para replicar: « El padre castiga, y el hijo no se rebela nunca. » Y añadió él: « Ten presente, tú que aborreces á los tiranos, que no se honra y gloria á la patria sinó teniendo muy fuerte en el alma el sentimiento de la libertad. » Y de pie, de pie siempre, oí de sus labios una de las magníficas lecciones de nuestra historia, cuando peligraba entre luchas horribles, no la integridad del territorio, pero



Fantasia

la paz y la quietud de las almas: cuando se batían el obscurantismo y la civilización. — ¡Si no le hubiesen matado! ¡Si no le hubiesen matado! — concluyó Lugo, blandiendo una regla, como si empuñase todavía el sable con que peleó contra los moros.

El maestro nos tenía poco menos que organizados militarmente: se formaba en secciones y el discípulo más estudioso y despierto capitaneaba; pasábase lista á la hora de entrar en clase, y era severísimo en castigar las faltas de disciplina y la insubordinación. Dos ayudantes compartían con él todas las mecánicas de aquel acuartelamiento, y le secundaban en las maniobras de su formidable batalla contra la ignorancia y la estupidez. No es necesario añadir que nuestras luchas eran puramente intelectuales. ¡Pero qué luchas! Consiguió el buen Lugo que conservásemos nuestro rango en filas á fuerza de puños, es decir, apretando la imaginación. Los torpes caían, caían siempre.

He contado estas cosas, que parecerán pueriles, y no lo son sin embargo, porque resultan apuntes importantes para mi idea. ¿Por qué no han de tener los cuentos su filosofía? Y aquí la hay, y fuerte, como verán mis lectores cuando lleguemos á la terminación de los capítulos.

La enseñanza del dómine amaestró y fortaleció nuestro entendimiento: sus historias de guerras y aventuras exaltáronnos la fantasía; la edad no era á propósito para establecer el justo equilibrio entre

uno y otra, ni dirigir sus facultades; pero un acontecimiento trivial nos llevó á todos por el peor camino. Hacía próximamente un año que las poblaciones de la Península levantaban arcos de triunfo al paso de Don Alfonso XII, llamado por entonces el pacificador; había concluído la contienda carlista, es cierto; pero merodeaban aún algunas partidas sueltas, cáfilas errantes, que vivían de las migajas de la insurrección; pernoctando en los pueblos y despejando los corrales. A mi ciudad le tocó en suerte una de estas correrías. Excusado creo decir que el alcalde y el secretario pusieron pies en polvorosa y que el archivo municipal quedó convertido en pavesas. Hubo función de gala en el teatro con el retrato de Don Carlos en el palco presidencial, y á media noche tocaron las cornetas de los insurrectos llama-



—Pues sí, juraba y perjuraba Julio, sabiendo que yo tenía que velar á la pobre Carmen, que pasaría la noche tan santamente conmigo, y yo le dije: ¡Quial

—Pues sí, juraba y perjuraba Julio, sabiendo que yo tenía que velar á la pobre Carmen, que pasaría la noche tan santamente conmigo, y yo le dije: ¡Quial llamada y tropa, por tener los jefes aviso de que les iba royendo los zancajos una columna liberal. No escaparon los carlistas sin llevarse en rehenes á los hacendados, á los más ricos, afectos á su idea; porque en esto obraban lógicamente: no estaba bien que los pudientes conspirasen en medio de las dulzuras y de las comodidades del hogar, y los tristes guerreros, perseguidos, anduvieran á la ventura, luchando con el hambre más que con las huestes enemigas.

Pues bien: aquella simiente de discordia fructificó en mi suelo, y de la escuela del inteligentísimo Lugo salieron dos bandos formidables que resucitaron en niños y grandullones, según se verá próximamente, la pasión por las pedreas.

CLAK

Pensamientos

Después del voto de castidad, no conozco un voto más elocuente que el voto de pobreza. (*Sacado de las memorias de un mendigo.*)

Cuando dos que están separados se unen, siempre hay un tercero que lo siente. (*De un marido juicioso.*)

La limpieza del oro y la de la mujer tienen un barómetro seguro: *la liga*. (*De un platero de fino.*)

El único dinero seguro es el que se ha gastado el día antes. (*Un capitalista averiado.*)

Los cómicos se parecen á las espadas: para hacer algo necesitan desnudarse. (*Un cabo... de com-parsas.*)

Juan es un bebedor incorregible. Desde que no tiene qué beber, dice que anda bebiendo los vientos. (*Del diario de un fondista.*)

Siempre que llega á mis manos una onza, la saludo como á una amiga antigua, á quien se ve por última vez. (*Un punto fuerte.*)

Cuando salgas á la calle, mira lo que te haces. Si tropiezas mujer guapa, quítate el sombrero galantemente.

Si ves venir á un perro huído, cédele la derecha.

No llesves la mano en el bolsillo cuando te pidan.

No te acerques á los grupos que miran estúpidamente á lo alto.

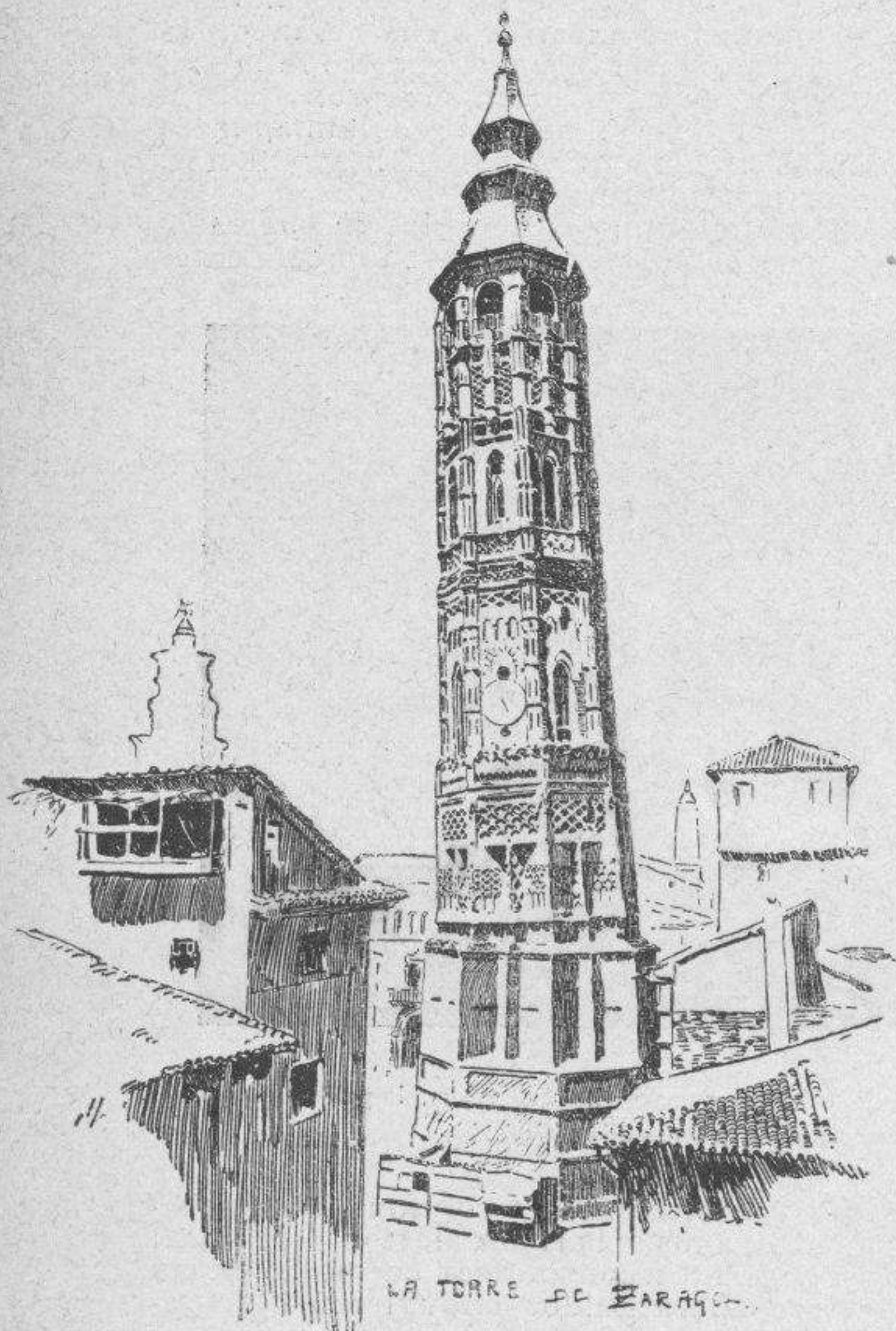
Y habla fuerte con aire de enfado, manoteando mucho y como si fueras á pegarle al que vaya contigo, en cuanto descubras á un acreedor.

Sobre todo, mira mucho al suelo, que está sembrado de obstáculos; una piedrecilla puede hacererte resbalar y caer. (*Pero Grullo.*)

No eres más bueno porque te alaben, ni más vil porque te vituperen: lo que eres, eso eres. (*Kempis.*)

Torres célebres

Las inclinadas de Zaragoza y Pisa.



A Zaragoza

¡ Tú eres noble entre nobles !
¡ Tú, Zaragoza,
eres la más gallarda,
la más hermosa !
Tierna, altiva ó sumisa
siempre eres grande:
eres honra y orgullo
de las ciudades.

Sus brisas perfumadas
te presta el Ebro,
y sus luces más puras
te ha dado el cielo;
brisas que al aspirarlas
el pecho ensancha,
luces que de alegría
llenan el alma.

A ti siempre el viajero
mudo te admira:
por tus templos soberbios,
del orbe envidia;
por tu suelo, fecundo
germen de flores;
por tus bellos paisajes,
tus altas torres.

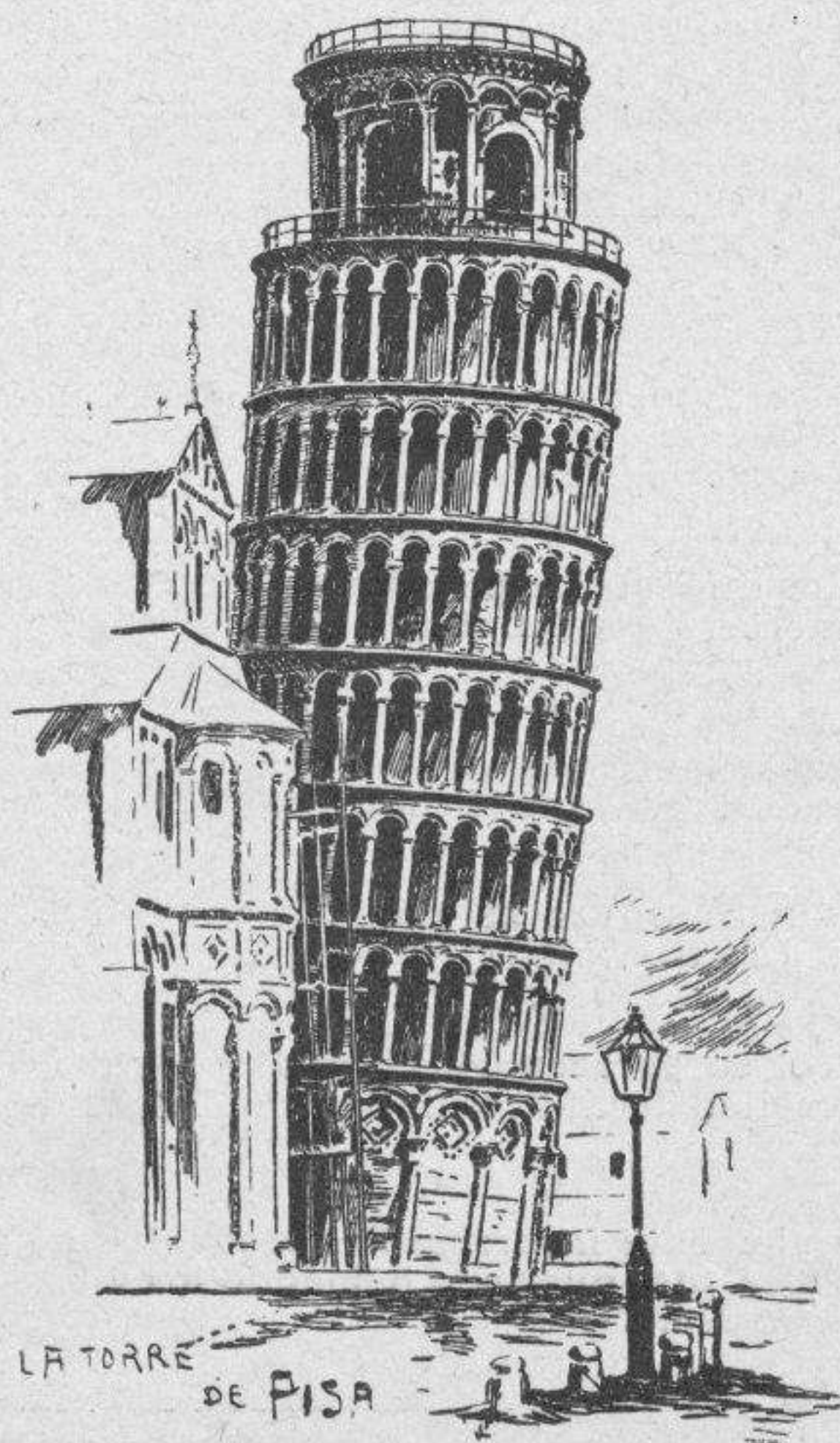
Tú lo mismo sumisa
que vencedora,
eres orgullo siempre
de nuestra Historia:
que no hay pechos más grandes
ni más valientes
que los hermosos pechos
aragoneses.

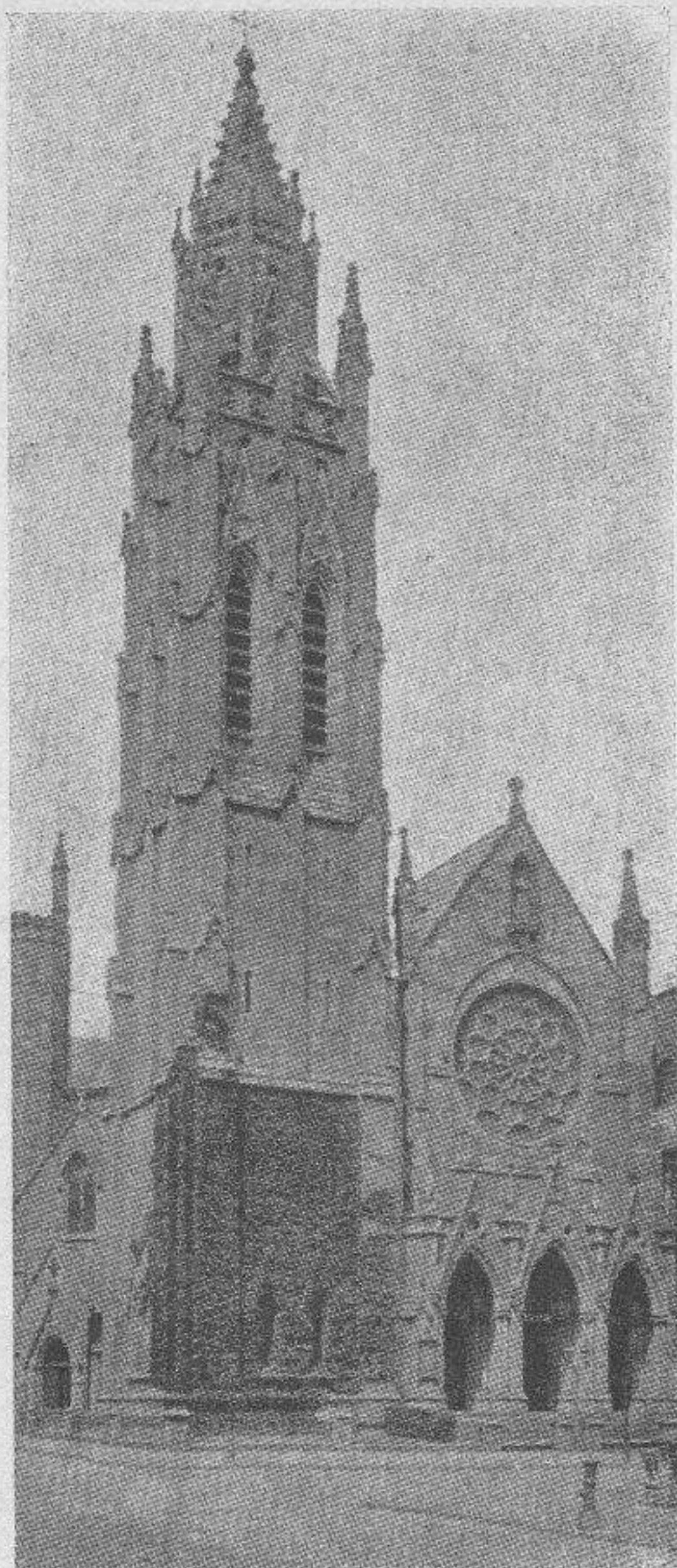
Un andaluz te canta
mientras su pecho
suspira por tus brisas
y por tu cielo;
andaluz que olvidando
su hermosa tierra
va preso en dos pupilas
aragonesas.

Antes de conocerte
ya suspiraba
por visitar tu suelo
lleno de encantos,
y mucho antes de verte
yo ya te amaba
por tus apasionados
vibrantes cantos.

Y es que el amor más puro
del alma brota,
llenando de embeleso
nuestros sentidos,
cuando una vez tan sólo
de hermosa jota,
hirieron gratos ecos
nuestros oídos.

Al son de tus guitarras
y tus canciones,
fuistes siempre el orgullo





Torre de la Iglesia de San Tomás en Nueva York.

de España entera;
tú causaste el asombro
de las naciones:
siempre entre grandes fuiste
tú la primera.

Allá junto á la orilla
del manso río,
mientras duermen tus hijos
tranquilamente,
he soñado contigo
y el pecho mío
por ti se ha visto lleno
de amor ferviente.

Yo al recordar tu Historia
vi tu arrogancia;
yo te he visto entre llamas
luchando fiera.
Ante ti Zaragoza
nada es Numancia,
que tú eres lo más grande
que hay en la tierra.

De ojos grandes y ardientes
son tus mujeres
valientes y amorosas

como espartanas.
Yo siento de la gloria
gratos placeres
al recordar las niñas
zaragozanas.

Yo he sentido en tu suelo
que el alma goza
escuchando las notas
de la *jótica*.
Yo he soñado contigo,
gran Zaragoza,
y yo adoro á tu virgen,
la *Pilarica*.

Yo andaluz hoy te canto,
mientras olvido
hermosas gaditanas
y cordobesas,
yo andaluz, que á la fuerza
me traen prendido
dos pupilas azules,
aragonesas.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



Torre del Jardín en la Plaza de Medison..



— Decididas á picar, no se dirá que puse una pica en Flandes.

¿ Ventura perpetua ?...

Verás lo que soñé.

El mundo acababa de sufrir un cambio extraordinario.

La maldad había desaparecido por completo, no existiendo, por tanto, ese enorme conjunto de villanías, que forman el egoísmo, la traición, la hipocresía, el perjurio, la ambición y tanta y tanta más miseria como rige el destino de la criatura.

El hombre había llegado á ser perfecto; de la justicia no se hablaba ya, pues nadie tenía precisión de evocarla: iba entrañada en todos los actos de la vida, de una vida que presentaba todo género de puros atractivos.

Mo había malos ni buenos, dichosos ni desgraciados, ricos ni pobres, nobles ni plebeyos; todos eran lo mismo, el mundo les pertenecía por igual, la suerte era una.

El amor no cesaba de batir sus alas sobre las cabezas de los felices mortales, que se amaban de un modo honrado, puro, desprovisto de cálculo; el adulterio no existía; y eso que la unión del hombre y la mujer no se hallaba sancionada por otra ley que la de Naturaleza.

La juventud era lozana y duradera y la ancianidad llegaba de un modo plácido y majestuoso.

La tierra se hallaba revestida de sus más brillantes galas, y el cielo permanecía siempre diáfano y azul; sereno, como la conciencia de un ángel.

No había tempestades para las almas ni para los elementos. Todo era bonanza, santidad, ventura...

Yo, que de pronto me vi transportado á un mundo tan diferente del en que hasta entonces había vivido, no acertaba á comprender como aquellos hombres pudieran ignorar lo que era odio, ambición, soberbia; no me explicaba como aquellas mujeres de célica hermosura, desconocieran la vanidad y amaran de un modo tan puro como intenso.

Busqué los celos y nadie supo darme razón de ellos; no me entendían. Pregunté insistentemente por el orgullo y me miraron de un modo extraño; quise que me dijeran donde se albergaban las traiciones de amor, las violaciones de derecho, las injusticias, las hipócritas conveniencias sociales y me volvieron la espalda, mirándome compasivamente.

Por donde quiera que dirigía mis pasos, no hallaba más que afecto, honradez, nobleza... Me vi condenado á perpétua virtud, á felicidad eterna.

Entonces... entonces, me creí desdichado en aquel país de la dicha. La vida me resultaba monótona, sin estímulo, sin atractivo alguno.

Eché de menos la lucha brutal del hombre con el mundo, esa lucha que ha de librarse para subsistir; hallé el amor desprovisto de



— Mejor es que te engañe, no que te deje.

Diario de una casada

(Continuación.)

Septiembre, 25. — ¡Uf!... Gracias á Dios que me encuentro de nuevo en casita.

¡Qué peregrinación la que he llevado este verano!... ¡Qué manera de ir de ceca en meca! Al concluir de tomar las aguas de Pestaña, nos fuimos á la finca paterna. Ocho días de *verde*. Luego á Bagnères de Luchon. Quince días. Después á Burdeos. Ocho días más. Tres días en Biarritz. Cinco en San Sebastián. Dos en Zaragoza, en donde Pepe tiene un primo hermano; dos en Huesca, por idéntica razón. A propósito, creo que mi marido tiene parientes en todas las ciudades de la Península. El resto del veraneo, en la quinta de Paca Linares, que se ha desvivido por obsequiarnos, y cerca de la cual hubiese pasado el tiempo muy agradablemente, á no haber turbado mi alegría la presencia de mi prima Juanita, que sin que nadie la llamara, se plantó allí.

Esta circunstancia me ha hecho abreviar nuestra visita á Papá. Ayer tomamos el tren y hétenos otra vez en nuestros cuarteles de invierno.

Mi marido está un si no es de mal humor y pretende que le será imposible otro año estar tanto tiempo ausente de su despacho; que nuestras correrías acá y acullá le han perjudicado mucho en su bufete; que un abogado no tiene el derecho de alejarse más de quince ó veinte días, y patatín, patatán...

Yo creo que lo que le duele principalmente á mi señor esposo es la recapitulación de los gastos hechos y que, á la verdad, no son flojos. Pero como he dicho: mira, hijo, más cara te habría costado una enfermedad, y al fin y al cabo, esos viajecitos nos han probado divinamente.

Septiembre, 30. — Observo desde cinco días acá, esto es, desde nuestro regreso, que el mal humor de Pepe, en vez de amenguar, crece, aunque se esfuerce en dominarse. Le siento nervioso, irritable... ¿Por qué?... No creo haberle dado motivo alguno. Examino mi conciencia y me dice que no tiene nada que reprocharse. Soy la de siempre, mi casa vuelve á parecer una tacita de plata — hartó sé lo que me ha costado el ponerla otra vez en orden, tras diez ó doce semanas de ausencia — y todavía no me he preocupado de mis trajes ni de mis sombreros de invierno. Las cuentas de ídem, ídem de verano están satisfechas hace tiempo... y no sé qué causa puede obscurecer la frente de mi señor y dueño. ¿Piensa acaso



— ¡Ay, si pudiera hacer lo mismo en un plantel de novios.

observado atentamente y no me ha sido difícil reparar en un cambio radical de fisonomía. Esta anunciaba visiblemente el contento, aunque él se esforzaba en disimularlo más que no disimulaba esos días su humor de perros. Pero á los ojos les cuesta mucho mentir, y en los de Pepe he notado un brillo, una expresión, casi diría un *bailoteo*, que no acertaba á reprimir.

— ¡Gracias á Dios, hijo!... Veo que por fin ha cambiado el viento... Me alegro mucho, pero mucho.

en el dinero invertido en nuestros viajes?... No lo creo. Además, que anteayer cobró una suma bonitísima por una minuta de honorarios, presentada y pagada en el acto. Estoy segura de que no es la cuestión metálica la que puede originar esta murria.

Octubre, 1.º — Sigue el mal tiempo moral. Esta tarde, á propósito

de una ausencia algo larga del escribano, mi marido se ha puesto furioso. Luego, á la hora de la comida, apenas si ha pronunciado una palabra. Como la paciencia no es mi virtud característica, he concluido por enojarme de serio y he llamado á cuentas á mi señor marido.

— ¿Puede saberse de una vez lo que te pasa? — he dicho — ¿á qué viene esa cara de vinagre que pones de unos días á esta parte?... Si tienes algún motivo de queja contra mí, despotrica de una vez, hombre, y no me tengas frita con tus aires tétricos y tu silencio sepulcral.

Se ha puesto encarnado hasta las orejas, y luego, balbuceando, me ha dicho que no siempre un hombre está de buen humor; que tiene entre manos un asunto judicial que le preocupa y le pone nervioso; que hago mal en suponer que pueda tener queja alguna de mí, y etc., etc.

¡Hum! No sé qué pensar...

Octubre, 3. — ¡Qué campo más fértil en observación ofrece la cara de mi marido!

Al llegar esta noche á casa á la hora de comer, ha subido Pepe las escaleras cantando *sotto voce*. Así me lo ha asegurado la camarera, después de un «muy contento parece que viene el señorito...»

Al sentarnos á la mesa le he

Estas palabras, pronunciadas con toda ironía, le han hecho ruborizar y hasta creo que le han desmontado. Pero reponiéndose en seguida, me contesta que, en efecto, viene contento porque el asunto aquél, el que le traía tan preocupado, ofrece una solución, medio hábil, y á continuación me endilga con gran verbosidad una historia muy enrevesada, en la que hubo — tal vez será sospecha injusta — una carencia absoluta de sinceridad. Me he encerrado en un silencio glacial, y él, habla que te habla, ensarzando detalles y soltando nombres y palabrotas jurídicas con una animación creciente, como si tuviese empeño en convencerme, con un calor... artificial.

—¡Caramba!... — concluye por decirme y esforzándose en sonreír. — Parece que todo eso no te interesa mucho que digamos...

—¿Y qué quieres que me interese? — contesto con frialdad. — ¿Acaso entiendo nada en pleitos ni enredos de los vuestros?

Después de comer, mientras tomábamos el té, he notado que consultaba el reloj dos ó tres veces. Por fin, tomando un aire sonriente, me ha propuesto acompañarme á casa de Mamá, en donde vendría luego, á las doce, á buscarme. Entretanto, él iría á una junta de letrados que habia de verificarse con motivo del susodicho pleito.

—No quiero salir... prefiero quedarme — he contestado secamente.

Y se ha marchado, dejándome escamada, pero muy escamada.

(Continuará.)

Por la copia,
JUAN BUSCÓN

Epigramas

Parió una niña Manuela,
Y hubo discusión y riña
Sobre poner á la niña
Varios nombres de novela.
Tomó el calendario Gil,
Y dijo: — Lo que éste informe:
¿Estamos á dos de Abril?...
Pues *Gala sin uniforme*.



El que iba á ser su marido
Oyó un día que Mercedes
Con *fausto* había vivido,
Y arañando las paredes
Preguntaba el apellido...
¡No se lo digan ustedes!



Un envidioso murió;
Pero en su nicho, d-spierto,
El saber que estaba muerto
No fué lo que más sintió.
Tampoco, si mal no arguyo,
Fué su agujero mezquino,
Sinó ver que el del vecino
Era más ancho que el suyo.



En cierta Audiencia en que había
Un tuerto de presidente,
Un abogado decía
Que el derecho expresamente
Su opinión establecía
Y un alguacil, satisfecho,
Dijo al oírlo: — Es un hecho,
La razón es suya toda;
Mas nada sirve el derecho,
Si al tuerto no le acomoda.



De un solemne bofetón
Satisfacción pide Estrada,
Y se la da Melitón
Con una buena estocada.
¡No es mala satisfacción!



De la América anteayer
Vino el bueno de Agapito.
—¿Traerá algo para comer?
—Sí, señor; trae... *apetito*.



Piruetas



Sanos consejos

Tenga usted la bondad de sentarse. En esta carta mi amigo Andrés le recomienda á usted; de manera, que me tiene dispuesto á servirle en todo cuanto mi humilde persona pueda.

— Muchas gracias por su bondad.

— Nada de gracias y dígame, en qué puedo serle útil, pues mi amigo sólo dice, que usted entra en Madrid con grandes ideas y vastos proyectos, y eso, francamente, me gusta. Yo no he trabajado mucho, lo confieso, realmente mi profesión de literato es buena para holgazanes: así es que el ver á un joven como usted, animado de excelentes propósitos me entusiasma y como creo...

— Usted perdone que le interrumpa; don Andrés no dice en la carta á qué quiero dedicarme y de ahí el error de usted.

— ¿Mi error?

— Sí, señor; pues también son empresas literarias las que he de acometer.

— ¡Ah, caramba! ¿Escritor?

— Aprendiz nada más.

— ¡Hola, hola! Y bien, sepamos señor mío, cuáles son sus ideas.

— ¡Qué sé yo! Trabajar, escribir en periódicos, publicar libros, intentar algo en el teatro, en suma, ver si valgo ó nó.

— Es decir, que hay entusiasmo y buena fe.

— Lo uno y lo otro.

— Pues bien, eso no basta. Hablando sinceramente y despojándome de mi calidad de literato que *ha llegado*, he de decirle cuatro verdades.

— Le agradezco su intención y, estoy dispuesto á oirlas.

— El camino es difícil, todo está ocupado y apenas queda sitio, porque pensar que se estrechen las filas es un sueño; cuando más, intente usted *tirar* á alguien.

— No creo necesario...

— Siga usted mis consejos. Lo primero, debe usted buscar algo excéntrico que, exteriormente le separe de los demás mortales: es más fácil ser popular con un traje raro, por ejemplo, que con un año de escribir artículos.

— Pero eso no tiene nada que ver con la literatura.

— Está usted en un error. Una vez llamada la atención,

hágase presentar en una tertulia literaria, en un café, en un círculo, y entre allí, no como convidado, sino como anfitrión, no á ocupar un sitio cualquiera, sino á presidir; muestre usted aplomo, desenfado y sobre todo, ¡hable mal, muy mal!

— Soy incapaz.

— Lo que usted es *sencillo*, por no emplear otra palabra. Ya instalado en la tertulia, *haga frases*, á costa de todo el mundo, que de esa manera, fama y honores conquistaron muchos y hoy presumen de ingeniosos, y á querer yo, podría citar nombres que andan por las redacciones y por los catálogos de editores; pero, ¿para qué? bástele lo dicho, y siga mi consejo; ese sistema de hablar mal produce buenos resultados. Hoy se cita mucho á fulano, porque *levanta ronchas* y, ya ve usted, eso en mis tiempos lo hacían las pulgas, hoy son los *modernistas*; el *escritor-lezna*, se lleva mucho.

— Pues no creo muy difícil ese género.

— Facilísimo; que si Fulanito, si Menganito, que si este ó el otro, etc., vamos, una especie de portera de la literatura: conversaciones de mujeres. En la vida privada podrá uno (si quiere) *pasarse* al otro sexo, pero en literatura hay que ser macho.

— Usted exagera.

— No sea niño, conozco el ambiente en que vivo, y á muchos he visto como le digo. Otra cosa importante es tener gran desprecio por lo español: nada de Cervantes ni Quevedo; sean sus autores favoritos, los franceses, los italianos, los noruegos ¡oh! esos sobre todo. Agrupe gente á su alrededor, busque adeptos, sea en Madrid el porta-estandarte de litera-

turas extranjeras y salte de las psicologías de Bourget al naturalismo de Zola y de los simbolismos de Ibsen á las idealidades de D'Anunzio; busque lo nuevo, lo raro; destáquese del resto de la gente.

— Raros consejos me da usted.

— Raros, pero necesarios. Y vamos á otro punto; importancia dése mucha, muchísima, que en ello irá ganando. Lo primero, hágase socio del Ateneo, y si puede ser secretario de una sección, miel sobre hojuelas; allí, trate y conozca á mucha gente, hágase presentar á Núñez de Arce y Echegaray, llamando al uno «mi querido don Gaspar» y al otro «insigne maestro»: y de esta manera, pasito á pasito, ya tiene usted hecha su posición.

— ¿Cómo posición, si todavía no me ha hablado de la labor que debo emprender?

— ¡Vuelta á los trigos! ¿No le he dicho ¡oh joven! que la labor era esa?

— Pero literariamente...

— ¡Oh! No hace falta, eso viene después, al principio basta con su palabra de que es escritor, y de buen grado será creído, pues de esta manera han sido formadas muchas reputaciones.

— Francamente, eso me parece un *timo* al público.

— ¿El público? Sin duda usted cree que éste sabe de donde viene la fama; ¡no lo crea, hombre, no lo crea! Aquí basta con que se diga «el insigne literato» para que el público ¡oh bondadoso! crea en tal excelencia, diciendo para su capote «éste debe ser bueno, pero no confieso que no le he leído porque sería confesar mi ignorancia». Quedamos, pues, en que ya tiene usted una *postura*, ya es usted alguien, ya puede dedicarse á lo que quiera. La tertulia de por la tarde en casa de Fé le abrirá las puertas de los editores; sus desplantes y su locuacidad en el Ateneo las columnas de periódicos y revistas, y sus relaciones y un *frac* el escenario de cualquier teatro de importancia. ¿Eh, qué tal? Creo que me porto como un amigo, dándole sanos consejos y guiándole bien por el camino que ha de emprender.

— ¿Sabe usted lo qué le digo? Que me vuelvo al pueblo.

— ¿Está usted loco? ¿Usted cree que muchos?...

— No lo discuto; peor para ellos, yo quiero que el público venga á mí, no ir yo al público; que conozcan mis escritos y no mi persona, y cuando la gente del oficio me vea deseo que diga «ha hecho tal cosa» y no «puede hacer tal otra».

— Tiempo hay para todo.

— Deseo base más sólida. Un libro publicado, un drama ó comedia aplaudido ó silbado, unos artículos desparramados por periódicos. Esa será mi obra, no la fama arrancada á los amigos y cimentada en la mesa del café; mientras tanto lucharé, ¡pues no faltaba más! pero á mi modo, pues soy yo algo más grande que todas esas miserias que me anegarían si me quedara entre ellas. Créame don Blas, al pueblo me vuelvo y sea lo que Dios quiera.

MIGUEL ARDAM



¿A qué ninguno de ustedes se a:reve á sostenernos como nos sostiene el mar á todas juntas?

Los que escriben

Y ya que de jóvenes hablamos, permitaseme la presentación de dos de ellos que no tienen desperdicio.

Número 1: Rafaelito Maroto, distinguido poeta que se entretiene en mandar á periódicos y revistas composiciones que no son suyas, y luego se empeña en demostrar que no es él, sinó un enemigo latoso, quien comete tales desafueros.

No es la vez primera que emplea tales mañas, sin duda para aparecer genio ante los ojos de alguna hermosa que haya cautivado su corazoncito.

Tampoco es ésta la ocasión única en que se le cita. Casi todos los periódicos han tenido que lamentar las sorpresas desagradables con que les regala, pues lo mismo es salir un escrito con su firma, que saltar... el *vero*, cuanto lastimado autor.

Dice Maroto que él no es él. Pero el caso se repite con lastimosa frecuencia: últimamente *La Publicidad* le fustiga por haber copiado versos de LA SAETA, escritos por mis compañeros Rafael Ruiz y Dotres. Francamente, tengo por inverosímil la excusa. ¡Como si con el aumento de franqueo hubiera quien gastara los cuartos en tales cosas!

La broma pasa de castaño obscuro, y si el guasón no es Maroto, sino un su enemigo, debe descubrirle y demandarle en forma; si es él, mejor fuera que encargase las composiciones que desee publicar.

Así evitaría verse continuamente puesto en solfa. ¡Cuidado, hombre, que es mal camino el de las fusas y corcheas para la celebridad!



Entre máquinas anda el juego.

Hablemos dél otro joven, del número 2.

El cual no es otro que mi amigo Memento, picador de toros efectivo y dramaturgo accidental, con vistas al *Juan José*.

Hace pocas noches se puso en escena su drama, ó lo que sea, nominado *Joaquina*.

Cuéntase que Guimerá, hablando de él (del drama, se entiende), ha dicho que tiene mucho fondo.

Creo que la frase resultó un epigrama fino.

Mucho fondo tienen los pozos y son oscuros

¡Pero, señor, qué país tan delicioso éste, en que sin preparación, sin estudio, se levanta de buen temple una mañana cualquier maestro de obra prima, arroja la lezna y el tirapié, y dice, sintiéndose ilustre: «cambio de oficio», con la facilidad con que cambia de calcetines!

Verdad que Memento ha de ver que no son tan voluntariosas las Musas como los toros; que no acuden las empingorotadas señoras al reclamo.

Nó, nó: saben ellas muy bien que no todos los Calderones pueden merendar en su compañía la sabrosa miel del Himeto!

MEFISTÓFELES



Alegoría.



A mediados de Agosto publicaremos un número dedicado al verano y á los baños, con escogidos dibujos y excelente texto.

Un capellán de un regimiento francés, que acababa de incorporarse á él, para conocer á los soldados que pertenecían á su iglesia, iba preguntándoles:

- ¿Qué eres tú?
- Calvinista.
- ¿Y tú?
- Católico.
- ¿Y tú?
- Luterano.
- ¿Y tú?
- No lo sé.

Llegóse á un granadero, que sin cuidarse de él estaba filosóficamente fumando en su pipa.

- Y tú con esos bigotazos, ¿de qué religión eres?
- De la guardia vieja. Y siguió fumando tranquilamente.

Pronunciando el elogio fúnebre de un célebre misionero,—dijo el orador:—«Tal era la poderosa fuerza de la elocuencia de este santo varón, que en un solo día convirtió á diez mil salvajes en una isla desierta.»

—Por supuesto,—decía un médico al enfermo mientras le tomaba el pulso:—en vista de estas explicaciones creerá usted que soy un charlatán.

—Doctor,—respondió el paciente,—ya veo que es usted capaz de descubrir los pensamientos más ocultos de un hombre con sólo tomarle el pulso.

—Mi sargento,—gritó un quinto la primera vez que su compañía iba á tomar baños al mar;—yo no sé nadar, y si me echo al agua me ahogaré.

—¡Presto al agua,—intimó el superior,—y si no sabe nadar váyase al fondo y espere allí la orden de salida!

Una noche de enero al raso se acostó un carabinero.
De esto se ha deducido,
que si llega á llover, queda lucido.

En un paseo de Londres cayó en cierta ocasión un hombre atacado de un accidente apoplético.

Con este motivo varios ingleses que paseaban por allí le rodearon y entablaron el siguiente diálogo:

—Apuesto cincuenta guineas á que no vive veinte minutos.

—Ciento á que se salva,—repuso otro.

—Ciento á que no dura diez minutos,—exclamó un tercero.

En esto llegó un médico y sacó la lanceta para hacerle una sangría al paciente.

—¡Caballero,—dijo uno de los que había apostado;—no se admiten lancetas!

Sabe que paño le quita
el sastre Lucas Montaña,
y con todo, le da paño
Fraga, para una levita.
—¡Qué tonto.—dirán,—es Fraga!
Y yo respondo:—¡Qué tuno!
Pues si el paño sisa el uno,
el otro hechura no paga.

Un amigo mío decía:

—He recibido todos los sacramentos, menos el del matrimonio, que no he recibido originalmente, pero del cual he sacado bastantes copias.

Habiendo enviudado un alcalde, quiso que todo el Ayuntamiento asistiese al entierro. El síndico se opuso, dando por razón que no era costumbre en el país:

—Si usted fuera el muerto,—añadió,—iríamos todos con mucho gusto.

Cuando nombraron ministro á una de nuestras notabilidades políticas, un paisano suyo dijo en su pueblo:

—¡Qué fortuna para él y qué gloria para mí, que he sido su maestro.

—¿Pues tú que pudistes enseñarle, cuando ni siquiera sabes leer?—le preguntó otro.

—Le enseñé, cuando chico, á silbar.

Un hombre de buen apetito fué con un amigo suyo á comer á una mala venta, en un camino extraviado, pero tuvieron la desgracia de no encontrar sinó tres huevos y una botella de vino.

—En cuanto al vino, hay bastante para los dos, porque el señor no bebe, dijo el comilón; y por lo que hace á los huevos, tráigalos usted, que aquí lo arreglaremos.

En efecto, puestos en la mesa, tomó dos, y le dijo al compañero:

—Ahora, escoja usted.

—¿Y cómo escoger? Dijo el otro, no queda más que uno.

—Y bien: todavía puede usted escoger entre tomarle ó dejarle.

CHARADAS

I

Siempre en mí la *Todo* impera
es mi *segunda* vocal,
es un precio *tres* *primera*
y en *dos* *prima* ve cualquiera
un pronombre personal.

II

Es *todo* Don Alabarta
y *primera* *dos* *tercera*
pues si *segunda* *primera*
también es *dos* *prima* *cuarta*.

LUIS LÓPEZ DE LOME.



Problema aritmético

```

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
    
```

Substituir los puntos por cifras, que sumadas vertical ú horizontalmente, den por resultado, 20.

APOLONIO PÉREZ CARRASCO.



Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6	Nombre de mujer.
2 3 4 2 3	Infinitivo.
2 4 2 3	»
1 2 5	Tiempo de verbo.
3 5	Nota musical.
4	Cifra romana.
1 5	Letra.
2 3 2	Tiempo de verbo.
1 2 5 3	Infinitivo.
3 5 4 2 3	»
4 5 3 1 2 3	»

A, SÁNCHEZ CARRERE.



Salto de Caballo

*** -tre- ***	*** -tol 40 ***	*** -veo ***	*** fir- ***	*** -na ***
En	*** -gro ***	*** es- ***	*** -to: ***	*** -tre- ***
*** -men- ***	*** -lla ***	*** -el- ***	*** u- ***	*** -ma- ***
ne-	*** -A- ***	*** -men- ***	*** en- ***	*** ¡La ***
*** -la- ***	*** tor- ***	*** es- ***	*** -lum- ***	*** -lo ***
-to-	*** a- ***	*** de ***	*** -pe- ***	*** -tre- ***
*** -do ***	*** es- ***	*** -za ***	So- 1	*** bra ***
Que	*** -mo- ***	*** to- ***	*** -lla ***	*** -ran- ***

Empieza en la casilla n.º 1 y termina en la 40.

A. GARCÍA.



Charadístico

- 1.ª — Pronombre.
- 2.ª — Conjunción.
- 3.ª — Vocal.
- 4.ª — Nombre de varón.

K. MARÁ.

Jeroglífico Comprimido

I Y.

M. FERRÁN.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADA: Camarote.

CRUZ:

	A	E
	F	G
A	F	R
E	G	I
	C	T
	A	O

PAJARITA NUMÉRICA: Nigromante.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Se traspasa una tienda.

LOGOGRIFO NUMÉRICO: Alejandro.

Correspondencia

Riquitrum. — Le juro por mi palabra de hombre honrado que no puedo complacerle por amor á la Humanidad. Tan malos son los versos, que si los lee su novia será milagro que no le dé un tabardillo.

¡Cuidado que tienen ustedes malas intenciones!

Bartolo. — « Conque te enpeñas Ines
en mucho no idolatrarme,
te juro vellísima Ines
que haces mal en maltratarme ».

Hombre, ¡por Dios! ¿qué ha de hacer mal? La lástima es que le deje á usted con vida.

Cascarillas. — Se *descuelga* usted con un artículo *simbólico* que no entiende ni el mismo Dios. De mí sé decir que me he vuelto loco y no he podido descifrar aquello de que la esencia y la existencia de las cosas *per se, et per accidens* es igual al movimiento intrínseco de la parte extrínseca del globo.

Ni aun mandando la solución puede ir.

J. C. — ¡Gracias á Dios que tropiezo con algo bueno! Publicaré el artículo.

Saredo. — También irá algo.

Juanito. — La letra es admirable. Es usted un gran pendolista; para escribiendo no tiene precio, pero ¿para escritor? ¡Dios nos librel

Pepe. — ¿A que no son de usted esos versos? Digo... á menos que no se los haya robado Calderón.

Perote. — Fáltale, Silvia, paz al bandolero,
talento al tonto, suerte al desgraciado...

Como usted estoy en la creencia de que el soneto es bueno, muy bueno, pero es de Plácido, amigo mío.

Se necesita descaro.

E. B. — Efectivamente; no tengo inconveniente en darle algunas lecciones, aunque supongo necesitará pocas. Escribe usted bien y si tiene constancia, puede hacer algo de provecho.

A. G. — Madrid. — Irá el salto de caballo, pero corregido.

4 4 de 4. — Irá algo.

K. Mará. — Lo mismo digo.

María del Pilar. — Recibido y conforme.

R. S. — Son poca cosa y advierto á usted que ayer, se escribe sin h.


Paquito, El señor Luis. — A. T. Z. — Malo, malo, malo y basta por hoy.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba
las inyecciones. Cura los flujos en

**SANTAL
MIDY**

48 HORAS

Muy eficaz en las enfer-
medades de la vejiga :
Cistitis del cuello, Ca-
tarro de la vejiga, Hema-
turia. Cada Capsu-
la lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonno, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscrip-
ciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuído á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA Ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**.

LA



20 cénts.

Núm. 403

